

JUEGOS FAMILIARES: AMOR Y ODIOS EN UNA PAREJA

Giuliana Prata, M.D.

Psicoterapeuta, Directora del Centro di Terapia Familiare Sistemica e di Ricerca.
Via Frua, 6.- 20146 Milano (Italia)

In this article the author describes a paradigmatic case to explore the family games throughout three generations of a family with a "psychotic" son, emphasizing the relational dynamics of the second generation, the couple of parents of the "psychotic" patient.

Key words: Family games, psychotic games, schizophrenogenous learning environment.

PREFACIO

Expondré en primer lugar algunas reflexiones sobre la terapia familiar que precedió la terapia de pareja a la que se refiere el presente artículo.

La familia Dupuis había sido enviada a mi centro porque, según el psiquiatra derivante, Fabrice, de 26 años, segundo hijo de una fratría con una hermana mayor, Chantal, de 32 años y un hermano menor, Daniel, presentaba una "depresión psicótica ligada al ambiente familiar" (ver genograma adjunto). Había un conflicto entre los padres que, durante las sesiones, se manifestaba a través de un continuo desconfirmarse y descalificarse mutuo. (Ver GENOGRAMA en pág. 73)

Me preguntaba por qué en el "juego" de la familia había sido Fabrice quien había presentado síntomas y no Chantal o Daniel. Esperando encontrar una respuesta a esta pregunta, buscaba acontecimientos, diferencias significativas en las relaciones familiares: "las experiencias importantes para el desarrollo que un hijo hace en el seno de la familia son las *no* compartidas con los otros hermanos; las experiencias compartidas tienen un escasísimo efecto sobre el desarrollo" (Plomin & Daniels, 1987).

La familia me señalaba, también espontáneamente, acontecimientos significativos pero se mostraba muy confusa cuando se trataba de situar esos acontecimientos en el tiempo. Cada miembro de la familia me daba una cronología diferente,

como si todos estuviesen haciendo todo lo posible para ocultarme ciertas *coincidencias*.

Me dijeron espontáneamente que el hermano y la hermana mayores de la madre, Clovis y Viviane habían sido diagnosticados como esquizofrénicos y que, por este motivo, desde hacía muchos años recibían del estado una pensión de invalidez. Pero sobre este punto había una especie de cúmulo de informaciones contradictorias que me impedía profundizar en el tema. Finalmente descubrí que el dato problemático, enmascarado para que yo no lo viera, era que Clovis se había desequilibrado por primera vez durante el embarazo de Fabrice y que esto había creado en la familia la angustia de la enfermedad mental.

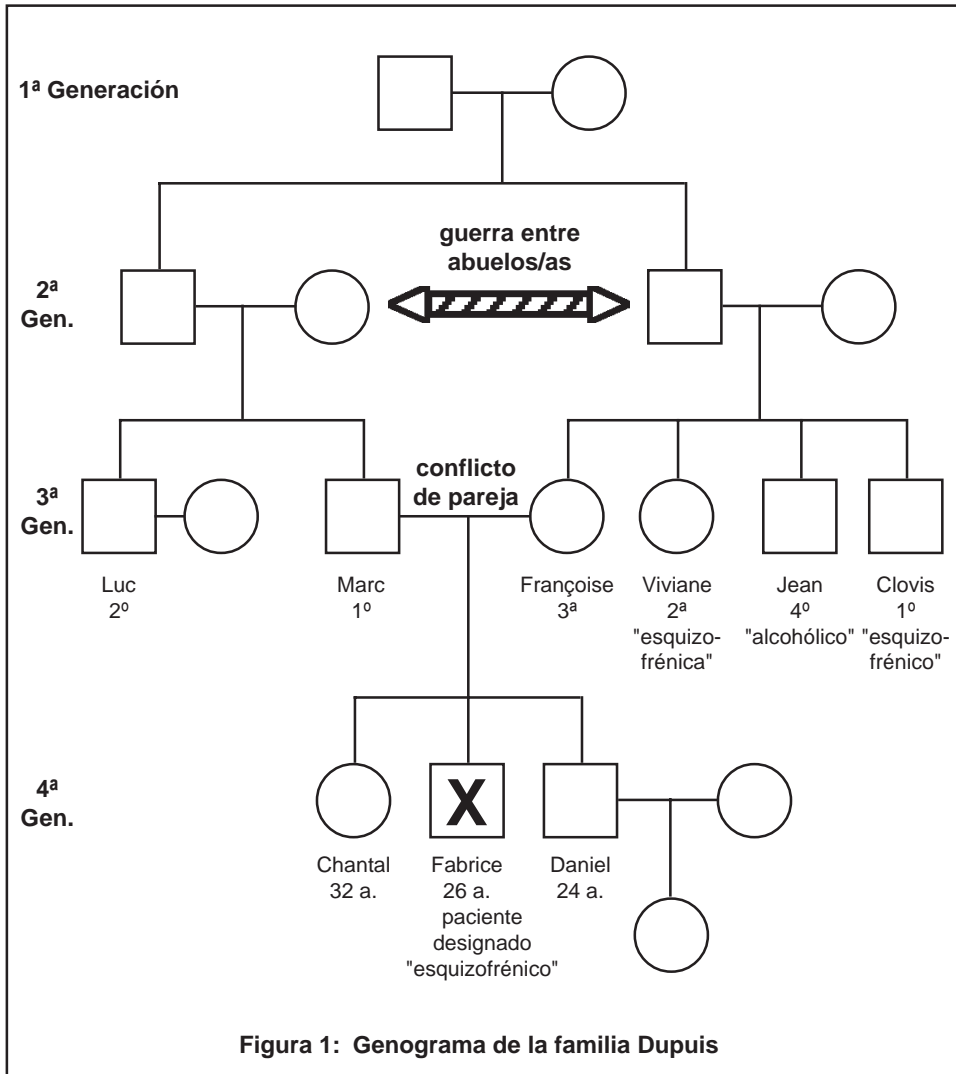
La abuela paterna había decretado en seguida, en un modo rencoroso y descalificador, que la nuera era portadora de un “gen esquizofrenogénico” que había heredado de la madre (su cuñada). El abuelo paterno no había tomado posición en el conflicto feroz entre las dos abuelas (cuñadas entre sí) y entre su mujer y su nuera. Pero dado que “quien calla otorga”, también él creía en aquel gen esquizofrenogénico que, antes o después, provocaría la esquizofrenia en los hijos de su hijo Marc, es decir en sus nietos. ¿Pero por qué en Fabrice y no en los otros dos hijos de Marc?. Esencialmente porque coincidencias cronológicas habían concentrado las expectativas negativas de todos sobre él.

Fabrice no sólo corría riesgos como sus hermanos por ser hijo de primos hermanos, sino que, además, pesaba sobre él el hecho de que la primera crisis psicótica de Clovis (tío materno) había coincidido con su nacimiento y la segunda crisis, de la cual Clovis nunca más se había recuperado, truncando su matrimonio y su carrera como médico, acaeció cuando Fabrice había empezado a ir a la escuela. Al mismo tiempo, también, Viviane (tía materna) había sido hospitalizada con el diagnóstico de esquizofrenia. Desde entonces Clovis y Viviane no habían dejado de tener síntomas y de tomar psicofármacos.

Quizás, si no hubiera existido una conflictualidad tan grave entre las familias de origen y su propios padres, estas coincidencias no hubieran tenido un efecto tan devastador para Fabrice. En cambio, éstas habían preparado una trampa sobre él. Todos empezaron a someterlo a estrecha observación: la rama materna de la familia lo controlaba para invalidar la profecía esquizofrenogénica, la rama paterna para confirmarla. Así, desde su nacimiento, Fabrice había sido observado no *por sí mismo*, lo cual hubiera sido asfixiante y coartador, sino *en función* de algo que lo transcendía, que formaba parte de un conflicto entre sus abuelos paternos y maternos, entre los abuelos y los padres y también entre los padres mismos. Y esto bastaría para deprimir y confundir a cualquiera.

Cualquier cosa que él hiciese era un *síntoma* para los demás, y por tanto, fuente de continuas alusiones verbales y no verbales en presencia suya y de animadas discusiones a sus espaldas.

En un contexto tan paralizante y enervante, Fabrice había crecido melancólico,



tímido y taciturno. El padre me decía que Fabrice “era un niño que no sonreía nunca”, como si esto fuese un síntoma evidente de la ineludible esquizofrenia del hijo. Pero después acabó reconociendo que en aquel contexto para Fabrice no existía ningún motivo de alegría. Fabrice era muy inteligente, pero no era “genial” y brillante como Daniel. El “clima” en el cual habían crecido los dos hermanos era completamente diferente y esto podía explicar por qué su personalidad, su éxito social y su compromiso con la vida eran tan diferentes.

Las investigaciones de algunos colegas subrayan algunos aspectos que encontramos también en la familia Dupuis. Por ejemplo: “Específicamente, tanto las

relaciones de los padres como las de los hermanos indican que el hermano que ha estado más próximo a la madre, que ha tenido más peso en las decisiones familiares, y más expectativas en los asuntos domésticos, en comparación con los otros hermanos, es el más equilibrado psicológicamente” (Haker y Daniels, 1990; Daniels, Dunn, Furstenberg y Plomin, 1985). En nuestro caso Daniel era el hijo que, por miedo a la esquizofrenia ineludible, el padre había querido abortar y que la madre había “salvado”. Después había sucedido que, como por un tácito acuerdo, toda la familia se había comportado hacia los tres hijos como si Fabrice hubiese neutralizado los espíritus malignos protegiendo así, como un pararrayos, a sus hermanos.

Fabrice había dado la primera señal de su malestar existencial y relacional el año antes de la selectividad. Según la “Escuela de Milán” el fracaso escolar de un alumno normalmente dotado, puede considerarse como un “comportamiento inusitado” de protesta.

Siendo el menos amado y apreciado de los hermanos por el padre, sometido a una forma de protección excesiva y descalificadora por parte de la madre, Fabrice, según el estilo comunicativo de los Dupuis, no había protestado explícitamente, por ejemplo con una huelga de hambre declarada. En cambio, había intentado señalar su malestar, de manera encubierta y alusiva, es decir, yendo mal en los estudios. Así pues, Fabrice había empezado a quejarse de que “se le habían ido la memoria y la capacidad de concentración”. Para el padre este hijo era el “enfermo”, para su madre era “el pobre Fabrice”, y entre uno y el otro este hijo no podía nunca comportarse espontáneamente.

Como a menudo sucede en las familias gravemente trastornadas, con su “comportamiento inusitado” de protesta Fabrice obtuvo un resultado diametralmente opuesto al esperado. Quizás quería reclamar la atención sobre su malestar, sobre su aislamiento, sobre la precariedad de su posición en el seno de su familia, respecto a los padres y a los hermanos. En cambio, los familiares se habían ocupado sólo de su *comportamiento*. Desilusionados por su fracaso escolar, los padres habían dejado de lado a Fabrice, desplazando definitivamente su amor preferencial sobre Daniel. El padre había realizado este desplazamiento de interés en modo ostentoso y frustrante, la madre en modo disimulado y confuso. Para enmascarar su preferencia por Daniel, la madre se mostraba aún más protectora hacia Fabrice, descalificándolo posteriormente. El esfuerzo que Fabrice había hecho para recuperar el año perdido y para superar el examen de selectividad había sido fuente no de satisfacción, sino de polémica entre los padres porque el padre hacía ostentación de no apreciar ni mínimamente el esfuerzo del hijo, que, en cambio, la madre no perdía ocasión para subrayar.

Desde ese momento, la “carrera” de Fabrice no dejaba de progresar y las comparaciones que los padres hacían continuamente entre él y Daniel incrementaban sus sentimientos de inferioridad y de envidia respecto a su hermano menor. Para

agravar la situación se daba el hecho de que Chantal y Daniel, muy unidos entre sí, excluían a Fabrice que así se encontraba aislado también en el interior de la fraternía.

Inicialmente había ido bien en la universidad, pero después, poco a poco, se había encallado y en el momento de preparar la tesina de licenciatura, se había bloqueado totalmente. Es decir, estaba pendiente de la tesina durante días enteros sin escribir nada.

Después Fabrice había empezado a decir que se sentía espiado y vigilado, que todos la tenían tomada con él, y en consecuencia se atrincheraba en su habitación y pasaba días enteros en la cama. Fabrice era espiado y vigilado efectivamente por los familiares pero él se cuidaba mucho de quejarse sobre este hecho directamente y expresaba sus “ideas de persecución” atribuyendo la persecución a unos impresos *ellos* que le daban miedo y que, aparentemente, él situaba fuera de casa.

Se había vuelto extraño, irascible y despótico. No admitía ser contrariado. Si no era con él, ni tan siquiera la madre debía salir de casa. En pocos meses había aumentado cincuenta quilos. No había agredido nunca a nadie pero con aquel aire amenazante, con aquella mole y con aquella barba sin afeitar y hedionda daba miedo a todos. Se situaba durante horas delante de la puerta de entrada y no había forma de se moviera. Desde pequeño lo habían visitado todos los pediatras y psicólogos de la zona; después comenzó el éxodo de consultas psiquiátricas, de psicoterapias y de terapias farmacológicas no continuadas, de las hospitalizaciones forzadas o rechazadas. Los médicos del hospital le prescribían neurolépticos y él rechazaba tomarlos, provocando altercados tremendos, y también peleas. O bien se tomaba todo el frasco de neurolépticos a escondidas, de golpe: caía en coma y tenían que ingresarlo de urgencias en la planta de reanimación del hospital. Cuando lo daban de alta, la secuencia de estos comportamientos volvía a empezar de nuevo.

Podemos plantear la hipótesis que, no pudiendo soportar ya más el hecho de estar bajo observación, Fabrice había comenzado a poner en acto una protesta o una provocación que consistía en obligar a todos, y sobre todo a los familiares, a vigilarlo de manera visible, haciéndolos responsables de su vida.

Fabrice, que no se fiaba de nadie, a partir de un cierto momento, hacia los 24 años, comenzó a seguir ciegamente a una banda de delincuentes comunes que iban armados. Los invitaba a su casa cada vez que los padres se ausentaban y permitía a esos ladrones esconder las armas y lo que habían robado en el trastero de la casa. Empujado por estos amigos, Fabrice había usado una libreta bancaria que éstos habían robado para comprar cámaras de vídeo. Había sido arrestado y, en el momento de la primera consulta, estaba a la espera de ser procesado. Puedo añadir que en el día de la audiencia en el tribunal, el “juego” había cambiado hasta el punto de que ninguno de los familiares, y menos el mismo paciente, intentaron recurrir a la enfermedad mental, y por tanto, a la “incapacidad de comprender y querer”, para evitar la condena. No sabemos lo “trastornado” que estaba Fabrice, pero sabemos que creaba malestar a su alrededor. La reputación de la familia se ponía en

entredicho, tanto por las extrañezas que hacía como por las infracciones del código. El temor de que la enfermedad de Fabrice fuera una forma de esquizofrenia como la de Clovis y de Viviane aumentaba, mientras la confianza en los médicos disminuía. Pero llegados a este extremo, todos se habían sentido tan desesperados que se dejaron convencer por el médico derivante para venir hasta Milán a consultarme. Después de dos sesiones con la familia nuclear continué la terapia sólo con los padres. Desafortunadamente, como cónyuges, los Dupuis estaban completamente escindidos entre ellos, pero por fortuna, como padres, se sentían, y eran, perdedores ambos ante el “poder patológico” del hijo. Creemos que habían tocado fondo y esto los había impulsado a superar su conflicto de pareja y a aliarse entre ellos, como padres, para ayudar a Fabrice. Obrando así rompían las alianzas y coaliciones con los hijos que habían durado años y restablecían una correcta jerarquía familiar. Habían dado a Fabrice la satisfacción de ver que no habían perdido completamente la confianza en él y en su capacidad para recuperarse, y que estaban dispuestos a atravesar media Europa para someterse a discusión incluso ellos mismos y su propio comportamiento y no sólo el de él.

Chantal y Daniel se habían sentido también tranquilizados al ver a sus padres seriamente comprometidos en la terapia, una terapia que, antes de la prescripción del “secreto” sobre las sesiones y después con las “desapariciones” de la casa de la pareja por períodos cada vez más largos, había puesto a los hermanos en un mismo plano entre ellos y en relación con los padres.

Chantal y Daniel se habían sentido posteriormente reafirmados tanto como individuos como padres, cuando vieron que lo que en la familia era considerado como “esquizofrenia”, primero era reformulado en la sesión como “comportamiento de protesta” y después desaparecía. En efecto, después de la séptima sesión, la situación cambió sustancialmente. En el espacio de unos pocos meses, Fabrice había presentado y leído la tesina, había encontrado un trabajo interesante y bien pagado y se había cambiado de casa. Tranquilizado también él en relación al famoso “gen esquizofrenogénico”, había decidido tener un niño de su compañera.

La primera sesión tuvo lugar a finales de 1988, la séptima a finales de 1989.

En enero de 1994, en el momento de escribir estas notas anexas al texto, la calidad de la vida de Fabrice es óptima, está haciendo una brillante carrera, es un marido y un padre sereno y bien socializado.

Si debo formular un diagnóstico del paciente basándome en el DSM III (1979), entonces confirmo el diagnóstico de “depresión psicótica ligada al ambiente familiar” hecha por el derivante que es un psiquiatra de hospital.

Como terapeuta sistémico considero que en la familia Dupuis todos los miembros eran víctimas y cómplices de un “juego depresógeno y psicotizante”. Digo esto teniendo en cuenta los comportamientos referidos y los comportamientos observados en las sesiones de todos los miembros de la familia. Tiene su peso en la formulación del diagnóstico también el análisis de las transacciones verbales y

no verbales observadas en el contexto de una terapia familiar de tipo sistémico.

PRESENTACION DEL CASO

El caso que presento es el de la familia Dupuis, una familia francesa de la alta burguesía que vive en el noroeste de Francia.

En el libro “Il bambino che seguiva la barca” (Prata, Vignato y Bullrich, 1992), he analizado este caso desde el punto de vista de la terapia familiar del segundo hijo de Marc y Françoise Dupuis, Fabrice, de 26 años, que, después de ser etiquetado desde el nacimiento como “extraño” por su padre y por los abuelos paternos, a los veinte años fue diagnosticado como “psicótico”. Fabrice era licenciado en Economía y había de especializarse en Ciencias de la Comunicación.

La primera hija, Chantal, de 32 años, era responsable, sin por eso ser culpabilizada, del matrimonio precipitado de los padres, primos por parte de padre.

El tercer hijo, Daniel, de 24 años, ingeniero, casado, tenía una niña y estaba preparando un master en Harvard; había venido expresamente de los Estados Unidos para participar en una sesión de terapia familiar.

Poco después del nacimiento de Daniel, en un período que ha resultado difícil de precisar a causa de los intentos de despistar de la familia, Françoise realizó un análisis individual. Había abortado ocho veces en el curso de su vida matrimonial, lo cual nos sorprendía mucho porque, dado que Marc era médico y Françoise profesora, debían conocer otros métodos además del aborto para evitar embarazos indeseados.

La investigación sobre la depresión de la madre y de estos abortos nos ha permitido sacar a la luz un aspecto importante de la relación entre la mujer, la familia de marido y el marido y descubrir el “juego psicotizante” de esta familia.

Por el momento diré sólo que la solución del problema de esta familia, o mejor de la “curación” de estos cinco jugadores empedernidos, se obtuvo con siete sesiones de terapia familiar y con el “Nuevo Método” (Selvini Palazzoli y Prata, 1983).

Ahora lo que me interesa es retomar el caso Dupuis desde el punto de vista de la pareja y focalizar la atención sobre la relación conyugal para comprender cómo se había desarrollado durante 32 años de matrimonio. Dado que eran primos, Marc y Françoise se conocían desde la infancia, pero se habían visto poco a causa de la rivalidad entre sus padres y el odio feroz entre sus madres.

Marc era el primero de dos hijos y, aparentemente, era el preferido por los padres. En realidad el preferido era Luc, su hermano menor que estaba felizmente casado y tenía dos hijos sin problemas. Aunque Luc vivía en la misma ciudad que los padres y a pesar de que también él era médico, como Marc, nunca se había ocupado de ellos.

En consecuencia, los padres se habían convertido en una carga, a menudo muy pesada, para Marc, que vivía a unos 100 kilómetros de distancia. De tanto en tanto

Luc iba de visita a la casa paterna y su llegada era siempre todo un acontecimiento. A Marc, por lo contrario, se le reservaban todos los problemas administrativos y las responsabilidades médicas de los padres.

Marc siempre había sido un estudiante brillante, se había licenciado y después especializado obteniendo la nota de *cum laude*. Después había trabajado con mucha dedicación y esfuerzo y había obtenido un éxito extraordinario en su carrera. En cambio, Luc había sido un estudiante y después un profesional menos brillante.

Durante las sesiones de terapia familiar Marc había tenido cierta dificultad para darse cuenta que, en realidad, no era el preferido de los padres y que él, a diferencia de Luc, había tenido que trabajar mucho para hacerse “amar”. Más que amado había sido exhibido, sobre todo por su madre, debido a su encanto natural y particularmente debido a sus éxitos académicos y a su éxito social que la lisonjaban. En resumen, su madre lo amaba sólo “a condición” de que él la hiciese siempre quedar bien delante de otras madres y sobre todo delante de su cuñada, la madre de Françoise (su futura mujer). Por lo tanto, el amor de los padres por Marc nunca había sido un “amor gratuito” como lo había sido por Luc sino que había sido un “amor condicional”. Probablemente fue esta relación exigente y exhibicionista, pero suficientemente clara como para no crear ambivalencias, lo que provocó en Marc una necesidad de ponerse continuamente a prueba en su trabajo, en los deportes de alta montaña y en sus relaciones sociales.

Cuando comenzó a ir detrás de las mujeres lo hizo con discreción y después en una modo tan exhibicionista y provocativo que complicó posteriormente la relación entre él y su mujer y puso en crisis su matrimonio que navegaba ya en aguas turbulentas.

Marc y Françoise se casaron en 1953. En 1974 Marc se fue de casa y durante seis meses vivió por su cuenta en la ciudad. No podía aguantar ya más tantas discusiones y reproches continuos de Françoise. Pero después se sintió tan solo que volvió a vivir con su mujer estableciendo una serie de pactos que, en seguida, ninguno de los dos respetó.

La guerra entre Marc y Françoise era una guerra sin piedad y Marc no solamente traicionaba a su mujer y exhibía a sus amantes en lugares y ambientes sociales que frecuentaba ella, sino que a menudo elegía sus amantes entre las mejores amigas de la mujer. En consecuencia estas traiciones hacían sufrir a Françoise no sólo en el plano conyugal, sino también en el plano de la amistad. Era doblemente traicionada y ofendida, por su marido y por sus amigas, una después de otra las perdía a todas y se sentía cada vez más sola. Llena de despecho, se deprimía, se aislaba y después, de golpe, presa de un furor vengativo, lo contaba todo “con pelos y señales”, como decía Marc. Las cosas habían funcionado de este modo durante más de veinte años de esta infeliz unión que duraba ya desde hacía 32 años.

La historia de Françoise es la siguiente: Tercer hijo de una pareja de profesores también en conflicto entre ellos. Aparentemente nunca había sido amada por sus

padres pero, desde la infancia, había sido excesivamente responsabilizada y culpabilizada. Así, mientras sus hermanos, el mayor y el menor de cuatro hijos, y su hermana que tenía algunos años más que ella, no ayudaban en lo más mínimo en casa y creaban siempre problemas a los padres, Françoise, con la esperanza de ser aceptada y amada, había empezado desde pequeña a representar el papel de la “hija irreprochable”, de aquella a quien nunca se le tenía que pedir nada porque preveía ya siempre las demandas de los padres, el rol de quien, aunque estando siempre al servicio de todos, se sentía siempre en culpa.

Con esta carga sobre las espaldas, aunque siempre aprobaba, en la escuela no iba tan bien como sus otros tres hermanos. Mientras vivió con su familia, es decir, hasta su matrimonio con Marc, Françoise no tuvo nunca el rol del “hermano prestigioso” (Selvini Palazzoli, 1985), es decir, de aquel hijo, miembro de la fratría que, gracias a la confianza y a la estima de los padres y del entorno es capaz de tener éxito en todo lo que hace, estudios, trabajo, relaciones sociales, etc., lo cual a su vez aumenta su prestigio. De este modo, este hermano termina situándose, en la jerarquía familiar, a un nivel superior al de los otros miembros de la fratría y, quizás, incluso al de los padres. El “hermano prestigioso” se convierte en un problema para todos. Este rol de “hermano prestigioso” se crea cuando miembros de las familias de origen de los padres o, más frecuentemente, de la familia de origen de la madre y de los mismos padres, dan a uno de sus hijos demasiado prestigio o demasiada autoridad respecto a los otros hijos y a sí mismos, le piden demasiado en lo que respecta a consejos e incluso en el arbitraje del ámbito familiar, hasta el punto que la jerarquía familiar se invierte.

Como mínimo el rol de “hermana prestigiosa” hubiera gratificado a Françoise y la hubiera ayudado a afrontar la vida con mayor confianza en sí misma. En cambio el rol de “hija irreprochable” ciertamente no la había gratificado porque no había atraído el amor de nadie sobre ella. Por el contrario, este rol la convertía en odiosa a los ojos de sus hermanos y de su hermana que la excluían de la relación que había entre ellos tres y entre ellos y sus amigos. Este rol hacía vivir a Françoise en un sentimiento constante de responsabilidad y de culpa que ella había cargado como un lastre durante toda su vida, incluso después de un psicoanálisis individual que hizo después del nacimiento de Daniel, su tercer y último hijo. Ella se sentía culpable cuando sus padres se peleaban entre ellos, culpable cuando sus hermanos y su hermana no se tomaban en serio la escuela y hacían tonterías que ella no conseguía evitar, etc. Cuando esta joven mujer “no amada”, se enamoró de su primo Marc, esta elección, la primera elección importante y personal de su vida, fue rechazada, condenada y se convirtió en un grave problema para los miembros de las dos familias que se odiaban recíprocamente como sólo los consanguíneos llegan a odiarse.

El padre de Marc y el de Françoise eran hermanos, pero sería difícil imaginar dos hombres tan diferentes entre sí como éstos. El padre de Marc, brillante

empleado de banca dotado de un sentido práctico, había hecho una carrera rápida y bien remunerada que le había permitido a su mujer no tener que trabajar y poderse ocupar sólo de la casa y de sus hijos.

El padre de Françoise, en cambio, licenciado en Letras, trabajaba como profesor y como director de una escuela, pero a pesar de esto no conseguía ganar mucho más de lo necesario. En consecuencia, para poder dar estudios universitarios a sus cuatro hijos, su mujer, profesora en un instituto de bachillerato, siempre había trabajado tanto en el centro como en casa, dando clases particulares.

En casa de Marc, se respiraba el bienestar y el orden, en casa de Françoise la precariedad económica y el desorden. En casa de Marc, marido e hijos siempre iban bien vestidos e impecables, en casa de Françoise, la madre no conseguía dar abasto en su trabajo en el instituto y en casa. Siempre estaba con los nervios a flor de piel, siempre corriendo, siempre con retraso, porque, a excepción de Françoise, su marido y sus hijos no se dignaban ayudarla en casa. Los resultados académicos de sus hijos eran siempre menos satisfactorios de lo que hubieran podido ser y, desde el punto de vista de la socialización, eran un desastre.

Como si esto no bastara, el padre y la madre de Françoise siempre estaban en tensión y se peleaban continuamente sobre todo a causa del dinero. De los cuatro hijos, Françoise era la que se dejaba enredar más abiertamente en el conflicto de sus padres, pero también los otros hermanos estaban implicados. Las peleas entre los padres y sus acusaciones recíprocas se habían hecho más frecuentes desde que el hijo mayor, Clovis, después de haber dejado a sus amigos, se había vuelto en más taciturno, arisco y solitario, y Jean, su segundo hijo, había empezado a beber.

Las dos familias se veían muy poco porque la madre de Marc no perdía ninguna ocasión para ofender a su cuñada haciendo comparaciones mortíferas entre las dos familias.

El padre de Marc y el de Françoise, ambos hermanos, se limitaban aparentemente a detestarse mutuamente y a dejar que sus mujeres se pelearan entre ellas. En realidad, las instigaban una contra la otra, hasta el punto que ellas habían terminado por odiarse a muerte.

DEL CONTEXTO DE APRENDIZAJE A LA RELACION DE PAREJA

Podemos plantear la hipótesis que esta simpatía y después este amor entre ellos (Marc y Françoise) estuviera ligado, en cierto modo, con el hecho de que su relación era algo prohibido. Podemos pensar que cada uno de los dos, al menos en el inicio, había empezado a verse con el otro para provocar a la propia familia y a la del otro.

Podemos suponer también que Marc y Françoise se han buscado, entendido y que se han amado sobre todo porque eran ambos los “no amados” en sus familias. Quizás esperaban ser el uno todo para el otro, apoyarse recíprocamente y recibir aquel amor gratuito e incondicional que no habían recibido nunca en sus familias.

A veces este proyecto de fuga y de búsqueda de compensación en el exterior

de la familia tiene éxito, al menos por un cierto tiempo, pero existen grandes riesgos porque los dos miembros de la pareja se vinculan el uno con el otro con expectativas que, más tarde o más temprano, terminarán por desilusionarlos. Cada uno pide al otro no solamente colmar las necesidades afectivas actuales, sino también llenar los vacíos afectivos de su pasado. La desilusión es inevitable porque nadie puede cambiar el pasado y colmar las frustraciones que otra persona ha sufrido en su vida. Se pueden compensar hasta cierto punto, pero no se pueden eliminar. Creemos que cada uno tendría que hacer por sí mismo este trabajo de compensación y tratar de enterrar los propios vacíos afectivos con una losa inamovible, definitiva.

Contrariamente todos nosotros sepultamos nuestros vacíos afectivos bajo piedras muy móviles y, en nuestros momentos de malestar o tristeza, vamos a buscarlos, los inspeccionamos uno por uno, sacamos fuera todo lo que hay dentro, para estar seguros de no olvidar ningún disgusto, incompreensión, ofensa o injusticia que hayamos sufrido. En esos momentos nos replegamos sobre nosotros mismos y nos compadecemos. Es un mecanismo bien conocido y universal, lo cual no impide que sea un mecanismo idiota.

Para que lo entiendan, lo describo a los pacientes diciendo que es como si hubiera una estufa que cada uno de nosotros, en sus momentos de aflicción, se preocupa de alimentar buscando los recuerdos más tristes y dolorosos de su vida. En lugar de apagar lo más rápidamente posible nuestra “estufa de la tristeza” nos empeñamos en mantenerla encendida, para impedir que se apague. Obramos todos de igual modo, algunos de modo esporádico, algunos, como los “no amados”, más frecuentemente e incluso de manera constante. Cuando éstos se repliegan sobre sí mismos excluyen a los otros sin dar ninguna explicación sobre su modo de comportarse y, queriendo o sin quererlo, acaban culpabilizando a sus seres más queridos y a todos aquellos que tienen a su alrededor, parientes, amigos y sobre todo a su compañero/a y a sus hijos. El único resultado seguro que obtienen con ese comportamiento es el de hacer su vida presente y futura tan infeliz como su vida pasada.

Mi investigación que se extiende en un período de 21 años, es decir en mi período milanés, va del 1971 al 1992 y muestra que a menudo los padres que se dirigen a nosotros pidiendo ayuda para un hijo gravemente desequilibrado son personas “no amadas” que no han conseguido nunca separarse de sus familias de origen y “casarse” realmente con su cónyuge. Ambos cónyuges permanecen en una relación de dependencia afectiva respecto a sus familias de origen, y están más “casados” con sus propios padres que con su consorte. Esto sucede porque continúan esperando de los padres la estima y el amor gratuito que sus padres dan a su hijo preferido, (o no dan a ninguno, frustrándolos a todos). Al final los hijos “no amados” no sólo no reciben de sus padres este amor gratuito sino que, a pesar de lo que hagan, nunca reciben el amor que, desde siempre, se esfuerzan en merecer, en conquistar a cualquier precio.

Entonces, como solución de replegamiento, esperan recibir este “amor gratuito” de la propia pareja.

Ninguno de los dos se vincula verdaderamente con el otro, o bien, aunque se enganchan el uno con el otro como a un salvavidas, no lo muestran nunca y, sobre todo, no lo admiten nunca.

En consecuencia, tanto en el caso que no se vinculen nunca *verdaderamente*, como en el caso que *muestran* no vincularse y representen el papel de los fugitivos para que se les vaya detrás, el resultado es el mismo: cada uno de los dos se sentirá desilusionado en sus propias expectativas y empezará a sentir respecto al otro un sentimiento de frustración, de descontento, de deseo de revancha o de venganza.

A veces, sobre todo cuando no hay hijos, la situación puede cronificarse en una relación de permanente frustración recíproca.

A veces los problemas afloran, como conflictos conyugales o, cuando hay hijos, como conflictos familiares con la aparición de síntomas más o menos graves en uno de los hijos.

La situación de un hijo “amado” y la de un hijo “no amado” puede compararse con la situación de dos automovilistas imaginarios. El primer automovilista, al tener lleno el depósito de gasolina, posee una autonomía de recorrido más grande y puede ir más lejos que aquel automovilista al cual no se le permite llenar el depósito y tiene que mendigar continuamente algún litro de gasolina. Este último recorre algún kilómetro y después se ve obligado a volver a la gasolinera para pedir algún litro más de gasolina y así continuamente, con la convicción de que aquella gasolinera es la única gasolinera existente y que no vale la pena ir a buscar otra en otro sitio. Pretende tozudamente que aquella gasolinera y ninguna otra le dé lo que cree que es un derecho suyo y por eso nunca se aleja de ella. Así, pues, ignora deliberadamente todas las demás gasolineras y las descalifica como si fueran sustitutos despreciables.

Nuestro hipotético automovilista se empeña de este modo en un pulso muy simétrico con el de su gasolinera, y esto le obliga a mantenerse siempre a una distancia de seguridad.

Si sustituimos la palabra “gasolina” por “amor” o “estima” constatamos que en muchas de las familias que nos consultan, tanto los cónyuges respecto a los propios padres, como el “hijo problema” respecto a los padres, se comportan exactamente como los automovilistas de nuestro ejemplo.

En Europa, las familias y los individuos son más estables que en los Estados Unidos y en Canadá, donde difícilmente una pareja permanece en la misma casa desde el matrimonio hasta la muerte y donde los hijos raramente se quedan en la misma ciudad en la que viven sus padres. Pero creo que también en los Estados Unidos y en Canadá las familias gravemente desequilibradas se trasladen menos que las otras familias y que también allí los hijos continúan viviendo con los padres, en la misma casa o en el mismo vecindario.

En cualquier parte del mundo y en todas las familias, a menudo uno de los padres sintoniza mejor con uno de los hijos y el otro padre con otro hijo. Si ambos, padre y madre, se entienden mejor con el mismo hijo pero se llevan bien entre ellos y no hacen injusticias, a menudo no hay conflictos graves y los hijos se quieren entre ellos, se llevan bien y se socializan de modo satisfactorio fuera de la familia, en conjunto o cada uno por su cuenta. Por el contrario, cuando esta preferencia por un hijo se lleva a cabo en contra del consorte y a costa de los otros hijos, cuando se exhibe o se disimula, se convierte en una pieza del “juego” de los dos padres que están en un conflicto entre ellos. Entonces esta preferencia crea problemas de rivalidad y de envidia entre los hijos. A menudo estos sentimientos conflictivos entran “en resonancia” con sentimientos mutuos parecidos de los padres y con las familias de origen, se amplifican recíprocamente y se vuelven cada vez más desestabilizantes y destructivos, es decir, se convierten en “jugadas” dentro el “juego familiar”.

Un hijo amado recibe el amor gratuito, la estima, la confianza de los padres que polarizan sobre él su atención, su interés y sus expectativas. Este hijo corre el riesgo de sentirse un poco bajo presión, pero, a menudo, la actitud de los padres aumenta la confianza en sí mismo y le da mayor seguridad.

Un hijo no amado no recibe nada de positivo gratuitamente. Si es el hijo mayor, su primogenitura pasa a otro hijo que nace después y que ocupa su lugar en relación con los padres y en la familia extensa. Un hijo “no amado” puede hacer todos los esfuerzos que quiera, pero cualquier cosa que haga en términos de disponibilidad, de dedicación, e incluso de éxito profesional, no logrará nunca conquistar (o reconquistar) el amor, la confianza y la estima de los padres. Los padres muestran tener poco interés por él, poca atención, no esperar nada de él por lo que respecta a sus estudios, su trabajo o su vida.

Este hijo “no amado” es seguramente menos sereno que el hijo “amado”, no se siente tan bien como este último en sus relaciones sociales. Eternamente frustrado, en un futuro tendrá menos confianza en sí mismo y menos seguridad en las relaciones sociales. Se puede apostar a que se convertirá en una persona irritante y provocadora, o bien en un ser triste, pesado, descalificante con la pareja, con sus hijos, en el ambiente de trabajo y con todos. Si el sentimiento de ser tratado injustamente llega a convertirse en insoportable, el “no amado” se agarra aún más a los padres y empieza a pedir, de modo abierto o disimulado, verbal o sintomático, compensaciones, “resarcimientos” por las injusticias que ha sufrido. Permanece enredado en el “juego familiar”, como si fuera sólo víctima y en cambio no un cómplice en el pulso encubierto que mantienen entre sí los padres, como si él no pudiera hacer nada más que quedarse sentado a la mesa del “juego familiar”, como si él fuera demasiado “frágil y débil” para dejar el campo de batalla.

Volvamos a Marc y Françoise, nuestra pareja de “no amados”. Quizás porque, a causa de la consanguinidad o de los conflictos familiares, representan uno para el

otro el fruto prohibido, quizás por provocación o porque, como dicen ellos, se amaban, el hecho es que, a un cierto punto, la situación se les escapó de las manos porque Françoise quedó embarazada. Cuando este embarazo dejó de ser su secreto más íntimo y la madre de Marc fue informada, ésta se lanzó contra su hijo acusándolo de haberse dejado enredar como un imbécil por su prima. Si quería demostrar que era un hombre, un adulto autónomo y responsable, tenía que obligar a Françoise a abortar. Puesto que Marc rechazó y en cambio insistió en casarse con su novia, su madre se apresuró a hacer previsiones negativas sobre el éxito de este matrimonio. La abuela paterna empezó a comparar a Françoise con la madre de ésta, de quien expresaba juicios muy negativos diciendo que había hecho infelices y raros a sus hijos y que sus futuros hijos (los de Marc y Françoise) tendrían problemas. En resumen, dijo que se mantendría al acecho, que estaría a la espera porque estaba segura de que los hijos de Françoise tendrían síntomas, que serían psicóticos. Dado que su marido y el padre de Françoise eran hermanos, la suegra se había protegido a sí misma y a los propios hijos poniendo todo el peso de la herencia genética negativa sobre las espaldas de Françoise.

DEL CONFLICTO CONYUGAL A LA DESIGNACION DE UN HIJO COMO PACIENTE

Chantal, la primogénita de Marc y Françoise, que había provocado este matrimonio precipitado, nació y se desarrolló sin problemas. Pero he aquí que, durante el embarazo de Fabrice, el segundo hijo, Clovis (el hermano de Françoise) tuvo una “crisis psicótica”. La superó, pero seis años después tuvo otra, de la cual no se restableció. Contrariamente, su comportamiento era cada vez más “psicótico”, y provocó la ruptura de su matrimonio, tuvo que dejar el trabajo y volvió a casa de sus padres. Fue diagnosticado como “esquizofrénico” y cuatro años más tarde, convertido en un enfermo crónico, obtuvo una pensión de invalidez permanente. Para colmar el vaso, Viviane (la hermana de Françoise) comenzó también a manifestar una conducta extraña “que era la copia del comportamiento de Clovis”. Diagnosticada como “esquizofrénica”, también ella recibió una pensión de invalidez permanente. Respecto a Jean, el otro hermano de Françoise, se convirtió en alcohólico.

Durante las primeras sesiones de consulta yo intenté comprender cómo era la relación entre Marc y Françoise, pero todos, Marc, Françoise (la pareja), Chantal, Fabrice y Daniel (sus tres hijos), hicieron todo lo posible para negar la existencia de un conflicto conyugal y para despistarme. Busqué acontecimientos, coincidencias significativas, que pudieran explicar por qué Fabrice se había convertido en “psicótico” y por qué fue precisamente él, y no Chantal o Daniel.

Continué buscando con mucha perseverancia y terminé por descubrir que la primera “crisis psicótica” de Clovis había coincidido con el embarazo de Fabrice y que, a partir de aquel momento, la abuela paterna empezó a acusar a la madre de

Françoise de ser “esquizofrenogénica” y a Françoise de ser portadora de un “gen esquizofrenogénico”. Marc tenía tanto miedo de que la predicción de su madre se verificara, que empezó a observar a Fabrice con una lupa, para descubrir a tiempo las señales premonitorias de la “psicosis”, a fin de poderla curar en seguida. Y Françoise, aterrorizada también ella, pero pronta a negar incluso las evidencias a fin de defender a su madre y a su hijo y para refutar las predicciones de la suegra, comenzó también ella a observar a Fabrice con una mirada especial.

Para colmo de la mala suerte, justo en el momento en que Fabrice comenzó primer curso de Primaria, el tío Clovis tuvo su segunda crisis y fue diagnosticado definitivamente como “esquizofrénico”, y he aquí que la tía Viviane empezó también ella a hacer la loca y fue diagnosticada como “esquizofrénica”. A partir de ese momento era como si los temores del padre y de la madre no hicieran otra cosa que confirmarse, como si la predicción de la abuela paterna se estuviese verificando.

Observado con lupa, mientras todos sus comportamientos eran etiquetados como anormales, no es sorprendente que Fabrice no haya sido nunca un niño sonriente, extrovertido y sociable como su hermano Daniel. “Fabrice no reía nunca, no era alegre, ¿no tenemos de él ninguna fotografía donde esté sonriendo!”, pero, ¡Santo Cielo!, ¿qué motivos tenía para reír y ser feliz?. Es ya bastante sorprendente que se haya limitado a ser un niño un poco triste y cerrado sin presentar verdaderos síntomas desde la adolescencia. El año antes de la selectividad fue un desastre. Fabrice no estudiaba y cuando cogía los libros no conseguía concentrarse. Era como para desesperarse sobre todo porque, hasta aquel momento, a pesar de sus problemas, Fabrice había ido bien en los estudios. Este bajón en el rendimiento escolar podía ser el “comportamiento inusitado” (Selvini Palazzoli, Cirillo, Selvini y Sorrentino, 1988), es decir, el primer comportamiento de un hijo que protestaba y pedía ayuda, pero su señal no fue recibida y decodificada: su padre decidió, una vez por todas, que no podía esperar nada bueno de él y puso, abierta y definitivamente, todas sus expectativas en Daniel. Françoise, de una manera más disimulada y encubierta, hizo lo mismo. Declaraba que ella confiaba en él y que este momentáneo desfallecimiento de su hijo la hacía sufrir, pero que esto no cambiaba para nada el amor y la estima que sentía por él. Era falso, y yo planteo la hipótesis de que hubo más bien una traición por parte de su madre. Esta traición lo hirió mucho más que la acentuación del cambio de atención de su padre, el cual de todas formas siempre había preferido a Daniel.

Como si Fabrice hubiera exorcizado los espíritus malignos de la familia y hubiera focalizado sobre sí el temor de los padres, Daniel, que tenía dos años menos que él, pudo crecer bastante libremente, sin estar constantemente bajo observación. Era más sereno, más abierto y más brillante que él en los estudios y en las amistades. Daniel era descaradamente el preferido del padre y, de manera disimulada, el preferido de la madre.

Françoise no había perdonado nunca a su marido las siguientes cosas:

1) Después del matrimonio, él se había puesto siempre del lado de su madre y en contra de ella.

2) No había defendido el hogar de las incursiones familiares.

3) Había creído y sostenido las profecías negativas.

4) Había hecho infeliz a Fabrice, un chico dotado y diligente que tenía el futuro por hacer, pero que había sido infravalorado y humillado.

5) No había apreciado el esfuerzo que Fabrice había hecho para reemprender los estudios y pasar brillantemente los exámenes de selectividad.

6) Había insistido en hacerla abortar cuando estaba embarazada esperando al que sería su hijo Daniel (Había abortado ya seis veces, pero ella se había opuesto totalmente a aquel aborto y, en seguida, se polarizó sobre este hijo que ella había salvado y que le debía la vida).

7) La había obligada a abortar el hijo que ella esperaba tener después de Daniel.

Durante la tercera sesión, a la cual vinieron los padres solos, Françoise terminó admitiendo que ella tenía miedo de la esquizofrenia, que ella tenía miedo de que Daniel naciese anormal o que lo llegara a ser, y que la decisión que Marc había tomado en seguida de hacerla abortar para no correr riesgos y su elección de no tener más hijos, la habían hecho sentir aliviada sobre todo porque él había tomado sobre sí todas las responsabilidades.

CONCLUSIONES

Cuando existe un comportamiento “psicótico” en un hijo, hay siempre un conflicto en la pareja (Framo, 1965), aunque este conflicto se encuentra tan enmascarado que cuesta descubrirlo.

Al inicio de nuestra terapia familiar nuestra hipótesis era que, incluso en un caso tan grave como éste si se conseguía romper, al menos momentáneamente, el conflicto de pareja y convencer a los padres de que era en el interés de todos que ellos llegaran a un armisticio para afrontar *conjuntamente* el comportamiento desequilibrado de su hijo, entonces se podría cambiar el “juego familiar” y resolver el problema.

En el caso de la familia Dupuis, a pesar de la cronicidad y de las otras premisas negativas, había al menos una cosa positiva: los padres habían tocado fondo y tenían mucho miedo de que Fabrice no se curara nunca si no se hacía en seguida un tratamiento radical.

Lo habían probado ya todo sin ninguna mejora: los neurolépticos, las hospitalizaciones, la terapia individual de la madre y del hijo. La terapia familiar representaba a sus ojos el último recurso y su última esperanza.

Esto se convertía en nuestro punto fuerte y es por este motivo que marido y mujer llegaron a un acuerdo entre ellos y se implicaron, aparentemente sin reservas mentales, en esta terapia. Es por esto que continuaron trabajando conmigo sin cesiones aunque si, hasta la sexta sesión, no hubo ningún cambio en el comporta-

miento de Fabrice. Después la mejora se puso de manifiesto de modo “brutal”, como había dicho Marc, en el intervalo de cinco meses entre la sexta y la séptima sesión. Desde aquel momento todo iba bien: Fabrice terminó de escribir y leyó su tesina en la universidad, encontró un trabajo muy satisfactorio, decidió tener un niño de su compañera con la cual convivía y casarse con ella. La catamnesis de los dos años y medio fue positiva.

Cuando Marc y Françoise se encontraron en el mismo lado de la trinchera se estableció entre ellos una relación tan amistosa que les parecía que duraría siempre. En cambio, a pesar de esta *nueva experiencia* de paz, de complicidad y de solidaridad que, durante año y medio, había interrumpido y substituido su conflictualidad permanente, a pesar de esta experiencia que los había hecho tan felices que querían dar las gracias a la terapeuta, cuando se encontraron sin ningún objetivo común que mantuviera viva su solidaridad, empezaron de nuevo a atacarse mutuamente.

Cuando dos años y medio después del fin de la terapia familiar, Marc y Françoise me pidieron una sesión de consulta para la pareja, constaté que se habían enredado de nuevo en un pulso que, esta vez, corría el riesgo de implicar a Daniel. Pero quizás el “juego” ya no era el mismo, porque esta vez Françoise quería verdaderamente un “cambio”. Françoise quería el divorcio y la separación de bienes, Marc en cambio quería hacer la paz y continuar viviendo con ella, empeñándose, por enésima vez, en serle fiel. Parecían ambos sinceros en sus propuestas.

Mi conclusión, al final de esta consulta, fue la siguiente: yo les aconsejé poner fin a *este matrimonio* obligado, infeliz y conflictivo y *después* ver, si *después del divorcio*, preferían vivir separados o bien hacer un nuevo contrato. Esta vez podrían decidir implicarse en un matrimonio libre, autónomo y sin predicciones negativas de ningún tipo. En resumen, podían decidir si querían un matrimonio responsable que comenzara bajo los mejores augurios.

Ahora estamos en este punto y yo no sé si Marc y Françoise se han divorciado o no. Es posible que, después de este encuentro, un divorcio “legal” no sea necesario. De todas formas, creo que el “juego” tendrán que jugarlo entre ellos porque los hijos están casados, tienen niños, viven en otro lugar y no parecen estar dispuestos a participar de nuevo en el “juego familiar”. Por su parte, Marc y Françoise, si antes de la terapia no sabían que el hecho de implicar a los hijos en el “juego” podía provocar daños, ahora, después de su calvario con Fabrice y después de la terapia familiar, lo saben y probablemente tienen demasiado miedo como para empezar de nuevo.

APENDICE

Estas son las hipótesis de trabajo que hemos formulado más frecuentemente cuando una familia se presenta con un hijo diagnosticado como “psicótico”. En el

caso que he descrito, estas hipótesis han sido controladas y se han revelado acertadas.

1. El padre y la madre de un hijo psicótico son, a menudo, los “no amados” en sus respectivas familias de origen.

2. Marido y mujer no se separan nunca verdaderamente de su propia familia de origen. Al contrario, se mantienen enganchados a ésta, porque continúan esperando de los propios padres el amor y la estima a los cuales creen tener derecho.

3. Cuando se casan no se vinculan nunca verdaderamente a su propio consorte y a su nueva familia (o muestran de no vincularse verdaderamente).

4. El anuncio del matrimonio es recibido sin interés, o con desaprobación, por parte de las familias de origen.

5. A menudo, ambos cónyuges (o uno de los dos) son recibidos con hostilidad por la familia de origen del otro consorte. Esta actitud genera desilusión, rencor y deseo de venganza.

6. A menudo las familias de origen hacen predicciones negativas sobre el éxito del matrimonio y de la futura prole.

7. Hay un malestar, o un conflicto, abierto o negado, en la relación conyugal.

8. Cuando uno de los padres (o ambos) se vincula a uno de los hijos, no es por el hijo, sino en función del partner y de las familias de origen.

9. Hay a menudo una coincidencia entre el nacimiento del futuro “psicótico” y un acontecimiento luctuoso, o infeliz, en la familia extensa. Este acontecimiento polariza la atención de todos, a expensas del futuro “psicótico”.

10. Este hijo, gracias al cual la pareja esperaba conquistar la consideración de los padres, viene al mundo en un momento particular, por ejemplo en un momento de luto por la muerte de alguien o en un momento de excitación por el nacimiento de otro hijo más significativo para las familias de origen.

11. Si el futuro “psicótico” no aporta nada a sus propios padres en términos de amor, estima, consideración por parte de la familia extensa, los padres se sienten frustrados, se deprimen y dejan caer al hijo desde el punto de vista afectivo.

12. El período de latencia entre este acontecimiento y la aparición de los síntomas está relacionado probablemente, por una parte, con la resistencia personal del niño y, por otra parte, con el hecho de que alguno de los padres no pierde completamente la esperanza, continúa apostando por su hijo y, por tanto, no le quita completamente su interés o atención.

13. Hay a menudo una predicción negativa sobre la salud mental del niño por parte de los abuelos. Esta predicción puede ser “gratuita” o bien puede estar relacionada con el hecho de que algún miembro de la familia presenta, o ha presentado en el pasado, comportamientos “locos”.

En este artículo la autora expone un caso paradigmático para describir los juegos familiares de tres generaciones de una familia con un hijo “psicótico”. Se hace un especial énfasis a la dinámica relacional de la segunda generación, es decir, de la pareja de los padres del paciente “psicótico”.

Palabras clave: Juegos familiares, juegos psicóticos, contexto de aprendizaje esquizofrenogénico.

Traducción: Empar Torres i Aixalà

Nota Editorial:

Este artículo apareció con el título “Giochi familiari: Amore e odio in una coppia” en *Psicobiettivo*, 14 (1), pp. 71-87, 1994. Agradecemos el permiso para su publicación.

Referencias bibliográficas

- BAKER, L.A., & DANIELS, D. (1990). Nonshared environmental influences and personality differences in adult twins. *Journal of Personality and Social Psychology*, 58, 103-110.
- DANIELS, D., DUNN, J., FURSTENBERG, F., & PLOMIN, R. (1985). Environmental differences within the family and adjustment differences within pairs of adolescent siblings. *Child Development*, 56, 764-774.
- FRAMO, J. (1965). Programma e tecniche della psicoterapia familiare intensiva. In Boszormegyi-Nagy e Framo, *Psicoterapia intensiva della famiglia*. Torino: Boringhieri.
- PLOMIN, R., & DANIELS, D. (1987). Why are children in the same family so different from each other?. *Behavioral and Brain Sciences*, 10, 1-16.
- PRATA, G., VIGNATO, M., & BULLRICH, S. (1992). *Il bambino che seguiva la barca*. Roma: Nuova Italia Scientifica.
- PRATA, G. (1992). Amor y odio en una pareja. *Medicina Familiar y Comunitaria*, vol. 2, nº 4, 226-233.
- SELVINI PALAZZOLI, M., & PRATA, G. (1983). A new method for therapy and research in the treatment of schizophrenic families. In H. Stierlin, L.C. Wynne & M. Wirsching (Eds.), *Psychosocial intervention in schizophrenia and international view*. Berlin: Springer.
- SELVINI PALAZZOLI, M. (1985a). The problem of the sibling as the referring person. *Journal of Marital and Family Therapy*, 11, 21-34.
- SELVINI PALAZZOLI, M., CIRILLO, S., SELVINI, M., & SORRENTINO, A.M. (1988). *I giochi psicotici nella famiglia*. Milano: Cortina.